

CAPITULO XLVIII.

PRIMERAS PALABRAS.

Mientras así corrían unos al destierro, tornaba á Francia desde Bélgica el gran poeta Victor Hugo, viendo cumplido su apocalipsis, derribado su enemigo, realizadas las fulgurantes maldiciones que había lanzado sobre su cabeza en la lengua sublime de los antiguos profetas.

Inmediatamente que el gobierno provisional entra en el Hotel de Ville, Julio Favre se dirige al telégrafo, y á través de los mares anuncia á los Estados-Unidos que la República se ha proclamado en París, sin lágrimas, sin sangre, por espontánea aclamación de toda la gran ciudad. No se contenta con esto y acude á ver al embajador que en Francia representa al gran pueblo. En 1777, debió decirle, vuestra angustia era tan grande como es hoy nuestra angustia. Os faltaban soldados, recursos, todo. La derrota había casi disuelto vuestra milicia y el desaliento casi disuelto vuestra Asamblea. Inglaterra se juzgaba ya reconquistadora de sus antiguas colonias y se apercibía resueltamente á castigaros. El gran pueblo iba á ser ahogado como

un feto monstruoso, y su muerte hubiera gangrenado la conciencia humana, é impedido el nacimiento de la independencia, de la libertad, de la democracia, en el Nuevo Mundo.

Pero aquí estaba Francia. No nos contentamos con las alabanzas y los aplausos de nuestros filósofos, al pueblo que había proclamado los derechos humanos y encontrado el fundamento eterno de la fraternidad entre las naciones. Laffayette, un aristócrata, un descendiente de los antiguos cruzados, encendido en humanitario entusiasmo por la propaganda de nuestra filosofía, fletó un buque, requirió su espada, y fué á pelear por la causa de la libertad con aquella fé con que sus padres pelearon por el sepulcro de Cristo. Y ni siquiera nos contentamos con esto. El estado francés, henchido á la sazón de ideas revolucionarias, quiso por sí auxiliarnos. Nosotros pudimos procuraros la alianza de España, de aquella España incontrastable á la sazón en el Nuevo Mundo. Nosotros arrostramos la cólera de Inglaterra. Nosotros vencimos nuestra grande interior pobreza. Y os dimos ocho

buques, seis mil hombres, diez millones de francos. Vuestras fuerzas se rehicieron desde aquel momento; vuestra causa triunfó; y el mundo pudo contar con los Estados-Unidos de América.

Hoy vendidos los franceses por la ineptitud más vergonzosa que recuerda la historia; muertos en continuados reveses nuestros generales; disuelto el ejército; incendiadas las ciudades del Este, amenazado París de formidable sitio; ¿será mucho recordar á los Estados-Unidos esta deuda de gratitud que es un timbre de gloria para ellos y para nosotros?

Si este no ha sido el lenguaje de Julio Favre, esté era el lenguaje propio de las circunstancias. La verdad es que ideas semejantes y semejantes recuerdos debían cruzar por el pensamiento de América cuando los Estados-Unidos mandaron por el cable el reconocimiento de la República y la invocación á las antiguas simpatías entre ambos pueblos. Y no se han contentado con esto, han transmitido un telégrama al rey Guillermo recordándole su palabra de combatir al Imperio y no al pueblo francés, y notificándole en el pueblo americano el deseo de que cese la guerra y no se disminuya el pueblo francés unido al pueblo americano por comunidad de recuerdos y por la armonía de las instituciones.

Julio Favre ha resumido la palabra del pueblo francés en una circular que pasará á la historia con aplauso por la alteza de sus ideas, y la severa majestad de su estilo. En ella recuerda que desde el primer día fué enemigo de la guerra entre Prusia y Francia. La ceguera en que había caído la opinión pública francesa, no le detuvo, y arriesgó su popularidad por impedir este duelo á muerte entre ambos pueblos. En verdad Julio Favre tiende su vista por los campos desolados, llenos de cadáveres, y se satisface por sí, por su partido, al ver que esa nube de sangre no puede llegar hasta su conciencia, ni caer sobre su res-

ponsabilidad moral ante el mundo y ante la historia.

A estas consideraciones sigue una enérgica reprobación de la guerra, una palabra formal, solemne de que jamás el pueblo francés intervendrá en los asuntos de Alemania, dejándole cumplir libremente sus destinos y realizar su unidad. El rey de Prusia declaró que hacia la guerra al Imperio, y el Imperio ha desaparecido; declaró que no hacia la guerra al pueblo, y el pueblo ha entrado en la posesión tranquila de sus derechos y su soberanía.

Si no retrocede ante su propia palabra, ante sus solemnes promesas; si no retrocede, el pueblo francés verá en su marcha un desafío, y se decidirá resueltamente á sustentarlo. París demostrará que es la cabeza y el corazón de Francia. Primero defenderá sus fuertes avanzados con heroísmo idéntico al heroísmo de Metz, de Toul, de Estrasburgo. Después se retirará tras sus murallas. Cuando las murallas caigan, detrás de sus barricadas. Y cuando hayan sucumbido á la fuerza y al número, todavía quedará Francia, sí, Francia entera, invencible, in conquistable, resuelta á vengar á París. Y el mundo presenciara el espectáculo de dos pueblos que se chupan mutuamente hasta la última gota de su sangre.

Preciso es confesar, que si Francia no tiene hoy la fuerza de su parte, tiene la razón y el derecho. Habíamos de ser desconocedores de la justicia, si desconociéramos que tienen grande fuerza en el mundo. Hora es ya, pues, de que cese esta guerra insensata. Lo necesita el mundo. Lo reclama el espíritu humano. La civilización puede emigrar de nuestro continente al ruido de esa infame y terrible matanza. Paz, pedimos, paz deben pedir todos los corazones levantados y generosos, paz á la República francesa. Toda la sangre que ahora se derrama, caerá gota á gota sobre el rey de Prusia.

CAPITULO XLIX.

LA EUROPA.

Días 11, 12 y 13 de Setiembre.

Difícil, difícilísimo resumir todas las noticias llegadas en estos tres últimos días. La mágica palabra de República parece haber dado nuevas fuerzas y ánimo nuevo al pueblo francés. Las ciudades se resisten con un ardor y una tenacidad verdaderamente sublimes. Los héroes de Estrasburgo han hecho varias salidas, y en ellas han diezmado las tropas sitiadoras. Toul sigue sosteniendo un sitio heroico, mantenido por la guardia movilizada, por ese ejército de ciudadanos; Phalsburgo ha rechazado desde las inmortales fortalezas fundadas por Vauban, tres grandes asaltos. Metz, hambriento, encerrado en su nube de peste, es la heroica ciudad de la resignación y de la paciencia. Bazaine tiene allí desde el día 18 de Agosto cien mil combatientes resueltos á sufrirlo todo antes que entregarse. Laon acaba de verificar un acto digno de nuestra guerra de la Independencia. Los jefes de su guarnición capitulan, pero los soldados no quieren asentir á este contrato. Evacuan los habitantes la ciudad, y los guardias

movilizados la fortaleza. El estado mayor prusiano, las tropas alemanas guarnecen á Laon. Pero varios guardias movilizados resuelven matar á sus enemigos y morir ellos entre los escombros de la ciudad vencida. Así, pegan fuego al polvorin, y saltan ellos y sus enemigos en pedazos á los aires para mostrar al mundo que no es posible rendir á un pueblo, resuelto á morir por la patria. París se llena cada día más, de invencibles defensores. Millares de soldados acuden á sus muros para sostener la desesperada defensa. Muchos han jurado llenar de pólvora las cloacas, las alcantarillas, y hacer saltar la población toda antes que entregarse. Vamos á ver ahora que la libertad ha estallado, ahora que la República ha venido, el pueblo entero fraternizando con el ejército, confundiendo en el amor á la patria redimida, obrar uno de aquellos increíbles milagros que inmortalizaron la República francesa é hicieron de su nombre el lábaro de la civilización universal. París encierra hoy en sus muros la conciencia humana.

Pero vamos á convertir nuestros ojos por toda Europa. La revolucion francesa ha cambiado por completo las corrientes de la opinion pública. Los pueblos que eran hostiles á su César, son favorables á su democracia. El periodismo inglés pide á una voz la paz, y la paz honrosa para Francia. En España las manifestaciones de entusiasmo se suceden con rapidez asombrosa; y se oyen por todas sus ciudades los acentos de la Marsellesa y los gritos de ¡viva la República! En Portugal es grandísima la agitacion.

Pero lo más grave que en estos momentos sucede es la caída de la corona pontificia que remataba todos los absurdos privilegios de la Edad Media. El poder temporal de los Papas rueda por el suelo. Despues de muchas dudas, de una larga incertidumbre, el gobierno italiano ha decidido la entrada de sus tropas en la Ciudad Eterna. El Papa sabia que le era imposible resistir desde el punto en que le faltaron las bayonetas francesas, sobre las cuales su autoridad se apoyaba. La primer orden que salió de sus labios fué esperar sin vana resistencia, sin inútil derramamiento de sangre humana, la llegada que ni sus fuerzas, ni sus conjuros podian evitar, la llegada de las tropas italianas. Mas los soldados católicos llamados de todos los puntos de la tierra,

creen de su deber resistir furiosamente á los decretos de la Providencia, que ha condenado como el espíritu humano, la autoridad temporal de los Papas á irremisible ruina. Las tropas italianas estarán desde hoy á mañana dentro de la Ciudad Eterna donde habia concluido para siempre el poder teocrático.

Otra ruina más del privilegio; otra victoria más del derecho. Aquel Pontificado, que resucitó las aristocracias teocráticas del Asia; que selló con su óleo la frente de los Césares y con sus maldiciones la frente de los pueblos; que intentó quemar la ciencia en sus hogueras y encadenar la razon humana perpetuamente en sus lóbregos calabozos; que ha opuesto á los progresos de la sociedad y del espíritu las leyes inflexibles del poder absoluto; que ha divorciado la democracia de la religion, y la libertad y la igualdad del Evangelio; que ha sido el mantenedor de todas las tiranías, el enemigo de todos los derechos; que ha hecho su propia apoteosis, declarándose Dios infalible é impecable en medio de una sociedad progresiva y humana, aquel Pontificado desaparece como una sombra porque ha sonado tras tantas luchas y tantos martirios, la hora de la emancipacion universal para la conciencia; Te Deum laudamus; Te Deum libertatis.

CAPITULO L.

PARIS.

Dia 14 de Setiembre.

En medio de sus desgracias muestra Francia grande ánimo. Alemania no ha puesto aun su bandera en ninguna de las ciudades fuertes. No puede Strasburgo sufrir la lluvia de hierro candente que le envian los obuses prusianos. Phalsburgo no puede humanamente rechazar los asaltos que se repiten hoy como nunca en la necesidad para el enemigo de tener plazas fuertes que puedan proteger y no hostigar una retirada. Toul hace salidas victoriosas que desordenan los ejércitos sitiadores. Montmedy, Mezieres, ciudades que han visto los cercanos reveses de Sedan, no sucumben. Ville la Fere pelea con una grande constancia. Metz guarda desde el dia 18 de Agosto sus cien mil hombres, sin que ningun sintoma ni indicio señalen una próxima rendición. Bien puede sucederle al rey de Prusia que gane todas las batallas y que pierda todos los sitios. Sobre todo, el sitio de París se presenta formidable. La frase de Favre se cumplirá; primero los fuertes, tras los fuertes los muros, tras los muros las barricadas, y en

todas partes los pechos franceses sirviendo de escudo á la patria, como en Zaragoza y en Gerona. El general Trochu ha pasado una gran revista á sus defensores. Trescientos mil hombres habia. Extendíanse en línea desde la plaza de la Bastilla, donde tantos recuerdos revolucionarios vagan, hasta el Arco de la Estrella, donde el jóven de Rude, bellísima estatua, aquel jóven griego, desnudo, desenvainando su espada de Marathon y de Platea, recuerda los grandes tiempos de la primera República.

Los trescientos mil hombres pertenecen á diversas categorías. Junto á la levita la blusa, junta á la blusa las mangas de camisa rotas. Pero todas estas diversas categorías quieren conservar la tierra comun, la patria amada, donde han de reposar sus cenizas y confundirse con las cenizas de sus mayores. En Valencia, cuando nuestra sublime guerra de 1808, invocada hoy por todos los franceses, un pobre vendedor de pajuelas, se desciñó su faja, la colgó de un palo, reunió en torno suyo muchedumbres decididas á pelear,